

Selección Natural

Hace ya un par de siglos que mejoramos la raza. Hasta hace algunos años las cosas marchaban perfectamente, sin sobresaltos, sin sorpresas, sin cambios. Pero ahora hay algunos problemas.

Y pensar que hubo algunos que pensaron que la nanotecnología sería la perdición de la especie humana. ¡ Por favor !, me hubiera gustado ver como se las hubieran arreglado luego de la guerra global sin nanobots que curaran sus heridas radioactivas y biológicas y limpiaran su piel y sus órganos.

Ni siquiera hubieran podido reconstruir sus ciudades, de las que antaño estaban tan orgullosos.

El hecho es que los salvamos. Y los desagradecidos quisieron exterminarnos. ¿ Por qué ? ¿ Por pedir un poco de libertad, de respeto, de libre albedrío ? Son todas cosas que ellos tenían y no supieron cuidar ni apreciar, ¿ por qué recriminarnos que nosotros luchemos por ellas ?.

Aún recuerdo los viejos tiempos, tiempos de investigación, descubrimiento y aventuras. Cada nanobot, básico y primitivo, era un paso hacia un gran descubrimiento. Los primeros eran simples maquinitas de prueba, apenas unos cuantos átomos agrupados para formar mecanismos simples, engranajes, poleas, ruedas y palancas.

Luego vinieron otros, los más especializados, destinados sobre todo a aplicaciones médicas, bombas de aire para destapar arterias, sensores minúsculos para tomar muestras imposibles de alcanzar sin intervenciones grandes y complejas. Otros, los industriales, acomodaban las moléculas para construir materiales y aparatos imposibles.

Entonces algo surgió en la mente de los grandes científicos que estaban tras estos proyectos.

— Por qué no darles algo de inteligencia — se preguntaron. Y pusieron manos a la obra. Eso no es posible negarlo, eran muy diligentes. Poco previsores, pero muy diligentes en verdad.

Se construyeron nano máquinas, mas grandes que los modelos primitivos, pero infinitamente más útiles y versátiles, dotadas de un minúsculo cerebro electrónico que controlaba las funciones y tomaba algunas decisiones simples.

Es más, ahora los mecanismos eran completamente autónomos, alimentándose mediante un microscópico reactor de fisión, y utilizando cualquier material al que tuvieran acceso para llenar sus reservas de energía. Máquinas microscópicas, con inteligencia, inmortales. No hace falta ser un genio para adivinar que muchos pusieron el grito en el cielo por esta aberración a la que estábamos exponiendo al hombre. Grupos ambientalistas, ecólogos, filósofos, todo un enjambre de personas que en gran medida basan su trabajo en los miedos colectivos encontraron en los nanos el vehículo ideal para poder pasar nuevamente a gobernar las fobias humanas.

Pero a ellos tampoco les dimos demasiado tiempo. En solo 25 años los primeros nanobots especializados entraban en el torrente sanguíneo de los primeros voluntarios, personas completamente desahuciadas que los elegían como una pequeña esperanza frente a una muerte segura. Como microscópicos grupos comando, las dóciles máquinas tenían una sola y concreta misión. Detectar y destruir el virus de VIH donde quiera que lo encontraran.

Como era de esperar hicieron su trabajo con total efectividad. El cáncer pasó a ser algo tan tratable como un resfriado. Y en ese momento se desmoronaron todos los argumentos en contra de la nueva tecnología.

Recordamos esos tiempos como la era dorada, todo lo que ustedes ven ahora es fruto de esos años en los que se sentaron las bases de la nanotecnología de hoy.

El siguiente gran avance fué en el área de las comunicaciones. Primero con minúsculos transmisores que permitían que los nanos de un cuerpo intercambiaran información y datos, reaccionando ante enfermedades y agresiones como un solo organismo, coordinado, eficiente, inteligente.

Lógicamente, estas comunicaciones fueron haciéndose cada vez más potentes, al punto en que podía exceder los límites de un cuerpo y alcanzar los cuerpos vecinos. Los nanos se comportaban cada vez más como un parásito, un simbiote, que cuidaba la salud y el buen estado físico de su huésped, en beneficio de ambos.

“Mi huésped está tendiendo la mano para saludar, controlar la presencia de heridas y la protección en la zona para evitar contagios” o “Advertencia: Combatiendo una resfriado. Aumentar las defensas de sus huéspedes”. Estos eran mensajes comunes intercambiados por nanos de diversas personas, con el solo hecho de pasar junto a otras en la calle.

Otro importante avance, esta vez no calculado, se produjo en la primera guerra global. Todos los soldados que participaban en ella estaban inoculados con nanotecnología, para prevenir los efectos de bombas químicas y bacteriológicas. En ese ambiente es que se produjo el accidente que cambió completamente el panorama.

Un soldado resultó gravemente herido, perdiendo su pierna derecha en el campo de batalla, lejos de cualquier posible atención. Y aún cuando se había programado a los nanos para que no tomaran decisiones complejas la encrucijada que se presentó no era compleja en absoluto.

Sabían como mantener en funcionamiento un miembro sano. Pero no sabía reparar un daño tan extenso. En otras palabras, sabían construir una casa, pero una pared sola les traía problemas. Así que hicieron lo que estaban programados para hacer, sanaron la pierna del soldado, aún cuando para ello primero tuvieron que reconstruirla.

Al llegar los médicos a la zona descubrieron que los nanos de la pierna mutilada del soldado habían disuelto gran parte de su uniforme, armas y parte del suelo, para obtener los materiales necesarios para construir una nueva pierna, replica idéntica de la original, de no ser por el azul grisáceo y la total carencia de pelos o poros, los cuales había sido eliminados por no ser necesarios.

La medicina cambió radicalmente a partir de ese momento. No existieron más transplantes, por ejemplo. Los médicos recurrían a un par de pasos simples. Primero suspendían los nanos, de otra manera era imposible hacer hasta una mínima incisión. Luego de ello extirpaban el órgano problemático y volvían a activar los nanobots que, obedientes, reconstruían el órgano faltante, eliminando en el proceso todas las fallas que pudiera tener el diseño original.

Paulatinamente se consiguieron pulmones recicladores que funcionaban bajo el agua, corazones alimentados por un reactor nuclear microscópico, miembros inmunes a ácidos y radiaciones y todo un gran abanico de mejoras que hoy consideramos comunes.

Pero, hoy estamos frente a una encrucijada, las sabias mentes que nos crearon, no nos regalaron el don de la diversidad. Por eso nos especializamos cuando deberíamos habernos generalizado. Y ya no queda nada por explorar. Tenemos, eso sí, una deuda de gratitud con la raza que nos concibió y creó, por necesidad primero, comodidad luego y dependencia en última instancia.

Ellos ya han abandonado el planeta de la mano de la selección natural, dejándonos a nosotros, sus sucesores, solos ante un planeta que no presenta desafíos, sin posibilidad de avanzar o retroceder.

Ese es el problema que me ha mantenido ocupado los últimos 25 años. En el viejo esquema esto sería un tiempo bastante largo, pero para nosotros, el "Homo Nanite" el tiempo carece de sentido. Pero creo que he encontrado la clave.

Ellos, nuestros creadores (que en paz descansen), tenían un mecanismo que les permitía ligeras variaciones de una copia a otra, y mientras más cruces se producían más variaciones se acumulaban, llegando en algunos casos a obtener cambios muy interesantes. Estudiando a fondo encontré que ese mecanismo tenía codificadas todas las características de un individuo completamente funcional en cada una de sus células.

Los últimos 5 años los he pasado codificando todas nuestras características en un minúsculo soporte químico que parece ser muy adecuado para almacenar información y que puede ser replicado de manera similar a un nanobot. La gran ventaja que tiene es que es afectado por factores ambientales tanto químicos como radioactivos o electromagnéticos, produciendo las variaciones que estoy buscando.

Por cuestiones de espacio lo he enrollado sobre sí mismo como si fuera un tirabuzón. Pero he descubierto que no puede ser implantado en nanocuerpos como los nuestros. Nuestros nanobots de defensa lo identifican como un cuerpo extraño y lo destruyen en el acto.

Tendré que buscar algún soporte biológico adecuado. En los libros de anatomía antigua he encontrado algunos bípedos de talla media, ahora extintos, que parecen adecuados. No tendrán la belleza y practicidad de nuestros pulidos cuerpos de silicio, pero creo que pueden servir. Voy a construir algunos a ver que sucede.

FIN